

# GESTACIÓN Y REVISIÓN CANÓNICA: EL CASO DE LA LITERATURA NORTEAMERICANA

*Irene Rostagno Eytel*

Universidad Metropolitana

La década de los ochenta fue para las humanidades en las universidades norteamericanas una época de ruptura y cuestionamiento. Quizás en ninguna disciplina el impacto fue más fuerte que en la literatura. Los nuevos enfoques críticos no sólo arremetieron contra el textualismo del “New Criticism”, sino que también pusieron en tela de juicio los supuestos epistemológicos e ideológicos de toda la actividad literaria —desde el concepto de lectura hasta la revisión del canon literario norteamericano y los marcos sociales e intelectuales que orientaban la difusión y enseñanza de la literatura.

Este trabajo pretende analizar algunos de los aspectos de lo que el reciente discurso crítico anglosajón denomina la “cuestión canónica” a la luz del acerbo debate que ha generado tanto en círculos académicos como en ámbitos políticos y sociales.

## I

Antes de examinar en mayor detalle los intentos de reconstruir el canon y la historia de los Estados Unidos resulta útil examinar la etimología, resonancias y sentidos contradictorios del término canon. Estas referencias me parecen indispensables para entender el fenómeno más allá de lealtades a conceptos de alta cultura o de estrategias dogmáticas de transgresión que subyacen el actual discursar canónico norteamericano.

Etimológicamente la palabra canon deriva del vocablo griego “Kanon” que significa norma, medida. Desde que el término canon se aplicó a lo que el *Oxford English Dictionary* ha definido como “la colección de libros bíblicos autorizados por la Iglesia Cristiana” lo canónico ha estado estrechamente ligado a lo correcto, lo sancionado y lo autorizado.

El concepto de canon literario en su uso y sentido ha sido fuertemente marcado por las restricciones semánticas que le ha impuesto su etimología. Conforme a una asunción exclusivamente normativa de lo

canónico, es canónico todo corpus textual legado por la tradición que una cultura considera representativo y valioso y, por tanto, digno de ser difundido. Como ha escrito el crítico británico, Frank Kermode, se convierte en canónico todo texto que obtiene una suerte de “licencia exegética” institucional. Ésta le permite acceder al diálogo crítico y convertirse así en objeto de “un ciclo ilimitado de lecturas” que multiplican sus significados posibles.

Privilegiar el carácter normativo y cerrado del canon literario significa perder gran parte de la plurivalencia y dinamismo inherente al concepto. Lograr la ampliación semántica de lo canónico en literatura, como ha observado el estudioso norteamericano, Wendell Harris, no implica sólo refutar el dogma y la clausura, sino recuperar su multiplicidad esencial. Lo canónico supone un proceso de constante selección de acuerdo a ciertos criterios y, por ende, la existencia de una pluralidad de cánones literarios.

De acuerdo a la clasificación hecha por el crítico escocés, Alastair Fowler, existen por lo menos seis tipos de cánones literarios. La definición más útil para este trabajo es lo que denomina “canon selectivo” —aquellos textos escogidos institucionalmente para ser preservados, enseñados, interpretados, antologados, etc. —que a su vez se transforma en canon diacrónico o en una especie de corpus textual monolítico y continuo contrapuesto al “nonce canon” o canon transitorio y periférico.

Establecer los criterios que operan en la conformación de cánones selectivos es tarea difícil. Toda evaluación de un corpus textual conlleva un juicio del modo en que éste satisface expectativas y necesidades de individuos y sociedades en circunstancias históricas particulares. Los criterios más evidentes que orientan la gestación o revisión canónica son:

1. El propósito de constituir modelos, ideales o pautas de conducta y cambio social.

2. La transmisión de un patrimonio cultural. Basado en definiciones de cultura como la que acuñó Matthew Arnold —“cultura es lo mejor que se ha pensado y conocido en el mundo”— este impulso de gestación canónica intenta conservar lo que estima su repertorio cultural máspreciado. En este tipo de práctica canónica se inscriben las visiones de T.S. Eliot en “Tradition and the Individual Talent” y de F.R. Leavis en *The Great Tradition* (1948). Leavis erige un panteón novelesco anglosajón donde sacraliza lo que estima sus voces más clásicas: Jane Austen, George Elliot, Charles Dickens, Henry James y Joseph Conrad.

3. La legitimación de ciertos postulados teóricos. Cada escuela crítica

canoniza aquellos textos que sustentan sus estrategias interpretativas y avalan sus lecturas.

## II

El problema de la reestructuración del canon literario norteamericano se remonta a los años sesenta. El movimiento en favor de los derechos civiles para las minorías luchó por integrar el patrimonio artístico de los negros y, en menor medida, el de los hispanicos, a la cultura matriz de los Estados Unidos. En universidades y colleges se crearon programas de estudios Afroamericanos (o Black Studies) y Chicanos —en especial en California y el sudoeste— y se comenzaron a leer y publicar autores negros, asiáticos e hispanos.

Pero, como ha señalado Allan Bloom en *The Closing of the American Mind* (1987) fueron las críticas feministas las que comienzan a minar la idea de canon tradicional y su consiguiente noción del texto “clásico”:

“The latest enemy of the vitality of classic texts is feminism. The struggles against elitism and racism had little direct effect on students’ relations to books... The activists had no special quarrel with the classic texts and they were even a bit infected by their Frankfurt School masters’ habit of parading their intimacy with high culture”.  
(p. 65)

“El gran enemigo de la vitalidad de los textos clásicos es el feminismo. La lucha contra el elitismo y el racismo tuvo poco impacto en la relación de los alumnos con los libros. Los activistas no cuestionaban los clásicos e incluso se habían infectado con el hábito de sus maestros de la Escuela de Frankfurt de jactarse de su intimidad con la alta cultura”.

La crítica feminista parte de la hipótesis que existe sólo un canon norteamericano. Éste, sostiene, refleja una cultura patriarcal, impregnada de un espíritu excluyente. Es una cultura que acusan de “sexista”, hecha por y para hombres, que ha ignorado sistemáticamente el aporte femenino y de grupos que denominan marginales a la vertiente principal de las letras estadounidenses. Existe un sinnúmero de críticas que han difundido estos postulados en libros y revistas académicas (Annette Kolodny, Elaine Showalter, etc.), pero, entre todas, me parece más importante por su perspicacia y, también por la polémica que ha desatado, la visión de Jane Tompkins en su libro *Sensational Designs: The Cultural Work of American Fiction, 1790-1860* (1985).

La construcción del canon literario en Occidente, y en Estados Unidos, señala Tompkins, implica una compleja relación entre literatura y sociedad. En su libro la autora no sólo transgrede la distinción

formalista entre discurso ficticio y no ficticio o entre "cultura popular" y "alta cultura", sino que recalca que la evaluación de un texto depende de las convenciones que predominan en las instituciones y tradiciones interpretativas a las que pertenecen críticos, editores y lectores. Las "condiciones de diseminación", insiste, no son nunca "neutras" o "desinteresadas". Como ejemplo de su compromiso con la literatura escrita por mujeres destina extensos capítulos de su estudio al rescate de la reputación literaria de Harriet Beecher Stowe y otras narradoras sentimentales del siglo XIX utilizando el contexto actualmente en boga en la academia norteamericana, proclive al feminismo y ansioso de reparar "errores históricos". Pero, discusiones más enconadas han suscitado su ataque frontal al concepto de valor literario que nos legó el modernismo con su privilegio de la forma. Los valores literarios modernistas, argumenta Tompkins, no sólo ensalzaron a Hawthorne, Melville y James, sino que arrinconaron o descartaron parte significativa de la narrativa femenina del siglo pasado:

In reaction against (popular women writers) sentimentalist world view, and perhaps even more against their success, twentieth century critics have taught generations of students to equate popularity with debasement, emotionality with ineffectiveness, religiosity with fakery, domesticity with triviality, and all of these, implicitly with womanly inferiority.

(S.D. p. 123)

(En reacción a la visión de mundo de las narradoras sentimentales y quizás, más, en contra de su éxito, los críticos del siglo XX han enseñado a generaciones de alumnos a asociar la popularidad con lo degradante, lo emocional con la ineffectividad, la religiosidad con la hipocresía, la domesticidad con la trivialidad e implícitamente con la inferioridad femenina).

Obviamente, los reparos de la investigadora tienen cierta justificación. No es necesario suscribir los principios del "New Historicism" para concordar con Tompkins que las decisiones acerca de lo que leemos, lo que enseñamos y lo que se difunde y canoniza dependen en cierto modo de los valores e intereses vigentes en una determinada comunidad de lectores. Lo que preocupa a los detractores de Tompkins no es su propósito de extender el canon, sino su percepción simplista y cerrada del canon "tradicional". Contrariamente a lo que observa Tompkins, el canon que llama "patriarcal" no es único ni ha estado absolutamente cerrado, sino que ha sido objeto de constantes revisiones y revaloraciones. Así lo demuestran los estudios de los gran-

des americanistas Perry Miller, F.O. Matthiessen, Henry Nash Smith y R.W.B. Lewis que supieron conjugar sus conocimientos de la cultura norteamericana con el análisis neocrítico para establecer un corpus textual nuevo y auténticamente americano. No sólo les debemos la creación del campo de American Studies o el justo reconocimiento a la obra de Herman Melville, Emily Dickinson o Charles Brockden Brown, sino una herencia más importante, como señala la crítica Anne Margolis: “They had to construct ‘American Literature’ in order for books written by Americans to become part of the curriculum in the departments of English Literature (A.Q. p. 321). (“Tuvieron que construir la literatura norteamericana para que los libros escritos por americanos integraran el currículum en los departamentos de literatura inglesa”). La antología *American Literature: The Markers and the Making* (1974) compilada por los nuevos críticos Brooks, Warren y Lewis elabora un canon que revela espíritu crítico y amplitud tanto en su noción de representatividad étnica, social y regional como en su definición amplia y abarcadora de género. Para estos antologadores la literatura es mucho más que las tradicionales “belles lettres”. Literarios son también los textos folclóricos, históricos y políticos. De hecho la antología dedica secciones importantes al folklor negro, a la poesía y oratoria indígena y narradoras como Katherine Ann Porter y Eudora Welty, antes omitidas o desestimadas por la crítica. Similar es el caso del canon que gesta la colección más actualizada *Concise Anthology of American Literature* (1985) de George Mc Michael que, además de destacar el trabajo literario femenino, da cabida a voces chicanas y negras más recientes como Tomás Rivera y Le Roy Jones.

Las colecciones revisadas y ampliadas, sin embargo, no lograron apaciguar a las feministas y neo-historicistas. Representantes de distintos grupos étnicos y estratos sociales liderados por el crítico Paul Lauter se reunieron en Yale en el verano de 1982 y analizaron las implicancias de las categorías de género, raza y clase para comprender y enseñar la literatura norteamericana. Trabajaron infatigablemente hasta producir una antología que desarma lo que denominan el canon tradicional y propone una visión alternativa, empapada de historicismo, de la literatura. A diferencia de los compiladores ya mencionados, que hicieron primar lo estético sobre lo contextual, en los dos macizos volúmenes —más de 5.000 páginas— de la *Heath Anthology of American Literature* (1990) prevaleció el sesgo ideológico:

Many of the works we have chosen treat issue and subject that have often been downplayed, even avoided: such topics include household labor in poems of the colonial period, child abuse in the Alice Cory

story, sexuality, including homosexuality... the forms of affirmation as well as the experience of racial violence in minority communities...  
(H.A. p. xxxll)

(Muchos de los textos que elegimos abordan temas que a menudo han sido soslayados e incluso evitados: éstos incluyen el trabajo doméstico en el período colonial, abuso infantil en un cuento de Alice Cory, la sexualidad, incluyendo la homosexualidad... formas de afirmación y experiencia de violencia racial en comunidades minoritarias).

En una de las últimas convenciones de MLA se celebró la aparición de la antología con verdadero regocijo. Se proclamó que era una especie de parteaguas de la literatura nacional. Es innegable que la obra acoge géneros y textos antes olvidados e incluso desconocidos —relatos de esclavas, blues, graffitis chinos, etc.— y propone una redefinición, si bien discutible, bastante novedosa de lo que significa ser norteamericano. Pero, también es evidente que deja una serie de problemas fundamentales sin resolver: ¿Cómo enfrentar casos donde las valoraciones políticas y estéticas de un texto no coinciden? ¿Cómo decidir qué obras deben tener prioridad en el limitado espacio de tiempo con que se dispone en cursos y programas escolares y universitarios? Alguien tiene que necesariamente quedar fuera. Al asumir que la literatura es fundamentalmente ideología, los compiladores entregan una visión limitada y determinista de la literatura nacional. Asignan, por ejemplo, mayor espacio a autores de valor documental o importancia sociológica como Upton Sinclair, o Bernice Zamora por el hecho de estar comprometidos con intereses de su etnia o clase en desmedro de figuras genuinamente innovadoras, maestros del lenguaje como Ernest Hemingway, Scott Fitzgerald y William Faulkner. Por ser hombres, blancos y por no haber compartido premisas feministas quedaron reducidos a su más mínima expresión —un cuento para Hemingway y Fitzgerald y dos para el novelista sureño. Igualmente arbitraria parece la exclusión de narradores contemporáneos talentosos como John Barth, John Cheever, John Hawkes y Walker Percy o de voces tan promisorias como Anne Tyler o Cynthia Ozick. La antología corroe, en efecto, la noción de calidad literaria. Importa lo que se dice y no el “cómo” se dice. Se incentiva la difusión de autores que coinciden con aquello que los compiladores revisionistas consideran “políticamente correcto”. Un académico, que aún cree que la literatura es arte, deplora: “Once-honored standards like grace of style, vigor of prose and originality of expression have been downgraded or questioned”. (*Profession* 89, p. 50). (Aquellos valores tan preciados como el estilo, el vigor de la prosa y la originalidad han sido menoscabados o cuestionados).

El revisionismo se ha apoderado también de la historia de la literatura de los Estados Unidos y de reformas curriculares como la Universidad de Stanford. La *Columbia Literary History of the United States* (1987) editada por el Dr. Emory Elliot es el primer intento de reescribir la historia literaria norteamericana desde la publicación de *Literary History of the United States* (1948) de Robert Spiller. Imbuida de historicismo, la obra de Elliot cuestiona la esencia occidental de la cultura y carácter norteamericanos disminuyendo la importancia del legado europeo en favor de visiones minoritarias. Además de destacar textos marginales —homosexuales, feministas, etc.— como formas literarias del discurso público, traslada el origen de la actividad literaria estadounidense desde los diarios y sermones puritanos del siglo xvii a las narrativas rupestres del siglo xii.

Canon revisado e historia reescrita redefinen la identidad norteamericana. Evocando a De Tocqueville, Allan Bloom avizora la fragmentación de una nacionalidad y el posible cierre del horizonte norteamericano:

The old view was that, by recognizing and accepting man's natural rights, men found a fundamental basis of unity and sameness. Class, race, religion, national origin or culture all disappear or become dim when bathed in the light of natural rights, which give men common interests...

The recent education of openness has rejected all that. It pays no attention to natural rights or the historical origins of our regime... It does not demand fundamental agreement or the abandonment of old or new beliefs in favor of the natural ones. It is open to all kinds of men... all ideologies. There is no enemy other than the man who is not open to everything. But when there are not shared goals or vision of the public good, is the social contract any longer possible? (CAM, p. 27).

(La visión tradicional sostenía que al reconocer y aceptar los derechos naturales del hombre, los hombres encontraban una base fundamental de unidad e igualdad. La clase, raza, religión, nacionalidad o cultura desaparecen o se atenúan cuando los acoge la luz de los derechos naturales que les asigna intereses comunes.

La reciente educación de la apertura rechaza todo esto. No le da ninguna importancia a los derechos naturales o a los orígenes de nuestro sistema... No exige acuerdo fundamental o el abandono de antiguas o nuevas creencias en favor de los derechos naturales. Es abierta a todos los hombres... todas las ideologías. El único enemigo es aquel que no está abierto a todo. Pero cuando no hay metas compartidas o visiones del bien común, ¿es posible el contrato social?).

El debate sigue y ha escapado los límites universitarios. Padres de familia, profesores secundarios y políticos han tomado partido. La discusión es acalorada y llena de descalificaciones categóricas que poco sirven para esclarecer un problema que además de lo literario es político y filosófico. No se trata sólo de resistir la clausura y las restricciones, sino también de replantear los términos de la discusión de forma que se instituya la riqueza y diversidad propia de los procesos canónicos. Recordemos que como observa Harris: "There will always be competing canons... There have been and are only selections with purposes". (PMLA, p. 119). (Siempre habrá cánones que compitan entre sí... Ha habido y hay sólo selecciones con determinados propósitos).

## BIBLIOGRAFÍA

- BLOOM, ALLAN. *The Closing of the American Mind: How Higher Education has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students*. New York: Simon and Schuster, 1987.
- ELLIOT, EMORY. "The Politics of Literary History", *American Literature* 59 (1987).
- FOWLER, ALASTAIR. "Genre and the Literary Canon". *New Literary History* II (1979).
- HARRIS, WENDELL V. "Canonicity". PMLA 106 (1991).
- KERMODE, FRANK. "Institutional Control of Interpretation". *Salmagundi* 43 (1979).
- MARGOLIS, ANNE. "Designing Readers", *American Quarterly* 38 (1986).
- TOMPKINS, JANE. *Sensational Designs: The Cultural Work of American Fiction, 1790-1860*. New York: Oxford University Press, 1985.

## ABSTRACT

*A partir de una reflexión acerca de los sentidos contradictorios del concepto de canon literario, este trabajo entrega una visión de la polémica que los intentos de revisión y reformulación del canon e historia literaria de los Estados Unidos han suscitado en círculos intelectuales de ese país durante la última década.*

*From a reflection on the contradictory feelings of the concept of literary canon, this work presents a look at the polemic which the attempts at revision and reformulation of the canon and literary history of the United States has raised in that country's intellectual circles during the last decade.*